

A PROPÓSITO DE QUIÉN LE TEME A VIRGINIA WOOLF

Julio GODOY ROJAS

¿*Quién le teme a Virginia Woolf?*, de Edward Albee, es una obra que recoge las resonancias más típicamente contemporáneas del teatro actual. Generalizando, podemos sintetizar las tendencias que privan en el teatro contemporáneo en dos grandes corrientes: el llamado teatro del absurdo y otro, más o menos tradicional, en el que todavía se hace sentir como fuerza rectora el bien o el mal llamado realismo, con aportes del naturalismo y del expresionismo. Me refiero a un teatro de personajes que imitan a las personas, en un mundo reconocible en el que imperan leyes físicas de espacio y tiempo, dentro de una situación dramática que conduce a una resolución. Un teatro que ha desoído a August Strindberg, que en el Prefacio a *Ett Drömspel* (Obra de sueño, 1906), anunciaba un nuevo teatro en el que “el tiempo y el espacio no existen. Sobre una leve base de realidad, la imaginación hilaba y trama nuevos modelos hechos de recuerdos, experiencias, fantasías desenfrenadas, cosas absurdas e improvisaciones”. Los personajes dejan a un lado la lógica, la historia y la psicología, para adentrarse en el mundo del absurdo.

Albee conoce muy bien el teatro. *The American Dream*, de 1961, y *The Sandbox*, del año anterior, incorporan elementos tomados de surrealismo y del teatro del absurdo.

Pero ¿*Quién le teme a Virginia Woolf?* se encuadra dentro de la segunda tendencia a la que nos hemos referido. Es una especie de síntesis del teatro contemporáneo de esa tendencia, cuyas características temáticas y estructurales más salientes son: la situación de agresión; la espera de un personaje (que nunca llega, o irrumpe a último momento); el ritual del juego; el refugio del personaje principal (o de los principales personajes) en un mundo imaginario; la gran concentración de la unidad tiempo.

Nos referimos brevemente a estas características señalando su aparición en el teatro contemporáneo, tratando de dejar la puerta abierta para una comparación, trabajo que demandaría más tiempo del que disponemos.

¿*Quién le teme a Virginia Woolf?* es una obra obsesiva, en la que priva una situación de agresión permanente. La agresión es verbal, aunque hay momentos en que está a punto de convertirse en violencia física, como ocurre con la broma de George, que apunta a Martha con una pistola, aprieta el gatillo, pero en vez de un tiro, sale una hermosa sombrilla china. Es una obra de una riquísima textura verbal, cuidadosamente hecha de clisés y en la que las expresiones obscenas y las blasfemias recurren como *leitmotifs* (el de la edad y el envejecimiento, por ejemplo, el de la novela de George, el ataque de éste al padre de Martha, etc.). La obra contemporánea que utiliza expresiones groseras o que se estructura en torno a la flagelación verbal es hoy muy común. Tal vez la madre de todas ellas sea *Look Back in Anger*, de John Osborne, que dio un nombre (aunque no muy bien fundamentado) a toda una escuela: los iracundos. Hay una obra muy superior que está también hecha de recriminaciones, una obra en que los personajes se recriminan mutuamente por todos los errores y fracasos de sus vidas. Me refiero a *Long Day's Journey into Night*, de Eugene O'Neill. El recurso es utilizado profusamente en el teatro argentino contemporáneo.

En *Virginia Woolf* se crea suspenso alrededor del personaje del hijo, que por supuesto nunca llega, porque no existe. El recurso de la espera deriva de la obra mayor de Beckett,

Godot. En el teatro argentino, encontramos ejemplos en *El lugar*, de Carlos Gorostiza, donde hay un personaje (Morton) que no aparece. En *Nuestro fin de semana*, de Roberto Cossa, hay un personaje que no aparece hasta el final, aunque se nombra desde el comienzo, igual que sucede con el hijo en la obra de Albee.

Virginia Woolf presenta a dos personajes centrales comprometidos en un juego en el que son consumados maestros. El juego toma varios aspectos: juegan a Insultar a los Huéspedes, a Criar el Bebé, a Insultar a la Dueña de Casa, etc., haciendo un verdadero ritual del juego. Como dos verdaderos expertos, conocen todas las reglas, y deben respetarlas. Hay cosas permitidas, y reglas que no deben infringirse nunca. Por ejemplo, jamás ninguno de los dos debe mencionar que el bebé no existió nunca. *Las doncellas*, de Genet, utiliza un juego lindante con la esquizofrenia. *Fin de Partie*, de Beckett (traducida como **Final del juego**) es un juego interminable en el que el hombre trata de comunicarse con los demás, pero que siempre termina en un jaque mate.

George y Martha se refugian en el mundo imaginario creado por uno de sus juegos favoritos, y en él son todo lo felices que pueden permitírselo. La obra termina con el desmoronamiento de sus ilusiones, con el enfrentamiento a la realidad. En una entrevista que le hicieron en "The Paris Review" (No. 39, otoño de 1966), Albee dice cómo llegó a darle el título a su obra. Siempre frecuentaba un bar en Greenwich Village, el distrito de los artistas en Nueva York, que tenía un gran espejo en el que los clientes escribían ocurrencias graciosas y obscenidades. Un día leyó que alguien había escrito "¿Quién le teme a Virginia Woolf?". Albe agrega: "Por supuesto, 'quién le teme a Virginia Woolf' significa 'quién le teme al gran lobo malo' (*Who's afraid of the big bad wolf*), quién teme vivir sin ilusiones falsas".

Al final de la obra, Martha, reconoce que ella le teme a Virginia Woolf. El mundo imaginario ha sido su refugio. En *Look Back in Anger* Jim y su mujer tienen su mundo fantástico en el juego de las ardillas. Laura, el personaje de *The Glass Menagerie*, de Tennessee Williams, se refugia en su mundo, habitado por los animales de su zoológico de cristal.

¿Quién le teme a Virginia Woolf? se desarrolla en sólo una noche de alcohol y verdad. Hay muchas obras que comparten con ésta la misma concentración de tiempo. *¿A qué jugamos?*, de Gorostiza, también tiene lugar en una noche. *Los días de Julián Bisbal*, en un día; *Nuestro fin de semana*, en poco más de un día; *Requien para un viernes a la noche*, de Germán Rozenmacher, ocupa un par de horas. *Se acabó la diversión*, de Juan Carlos Gené, menos de 25 horas.

La de Albee es una obra apocalíptica, escrita en un momento culminante de la guerra fría, cuando se vivía en medio del terror continuo de que en cualquier momento alguien podía apretar el botón fatídico y transformar el mundo en un magnífico despliegue de fuegos de artificios. George apropiadamente lee un extracto de la *Decadencia de occidente*, de Spengler, y abundan las referencias, veladas y directas, a la posibilidad de una aniquilación inminente. El mismo peligro acecha en *¿A qué jugamos?* De Gorostiza, donde los 4 personajes juegan al juego de la verdad después de regresar de ver una película de esas típicas de la época que se desarrollan en un mundo destruido por la explosión de una bomba de hidrógeno. Ante la posibilidad de extinción total, el mundo de las ilusiones pierde sentido. En las dos obras, después de un devastador juego de la verdad, afloran los rencores escondidos, y después de un exhaustivo examen recriminatorio sólo queda la verdad, la desnudez terrible de Virginia Woolf.